

EL BALEAR

DIARIO POLITICO.

Redacción y Administración: San Pedro Nolasco 7, entresuelo.—Precio mensual: 1'25 pesetas en toda España.

Año II.

Palma Lunes 13 de Agosto de 1883.

Núm. 476

VAPORES-CORREOS.

Salidas.—Domingo 8 m. Ibiza y Alicante.—Lunes 5 t. Mahon.—Martes 6 t. Barcelona.—Miércoles 5 t. Mahon por Alcedia.—Jueves 5 t. Valencia.—Sábado 2 t. Barcelona por Alcedia.
Entradas.—Lunes 7 m. Valencia.—8 m. Mahon por Alcedia.—Miércoles 3 t. Ibiza y Alicante.—Jueves 7 m. Mahon.—10 1/2 Barcelona por Alcedia.—Sábado 7 mañana Barcelona.

FERRO-CARRILES

Servicio de trenes.—De Palma á Manacor 3'15 (m.) 8'10 m. y 2'45 t.—Palma y La Puebla 3'15 (mixto) 8'10 m. 2'45 y 4'15 (mixto) t.—De Manacor á Palma y La Puebla 3'15 (m.), 8 m. y 5'3 t.—De La Puebla á Palma 4 (mixto), 8'30 m. y 5'30 t.—De La Puebla á Manacor á las 4 (mixto) 8'30 y 3'15 t.

LA CATASTROFE DE ISCHIA.

El diputado á Cortes D. Agustín Fernando de la Serna, que de vuelta de Moscú ha hecho una excursión por Italia, da cuenta á *El Correo* de la visita hecha á las ruinas de Ischia en compañía del secretario de la legación de España en Roma, Sr. Henestrosa, y del vicecónsul en Nápoles, Sr. Torres.

«A bordo del vapor *Eléctrico*, dice, salimos de aquí á las cuatro de la tarde, y á las seis llegamos á Casamicciola. La isla de Ischia, de la cual formaba parte la ciudad destruida, la constituyen una cadena de bellísimas colinas de exuberante vegetación, y en la vertiente Oeste de la mencionada Isla, se hallaba situada la ciudad, formada por diversos grupos de casas, alzados en los sitios más pintorescos y en una extensión de dos kilómetros.

Su posición encantadora en aquellas faldas llenas de verdura, y en las orillas de este mar de tan purísimo azul, y la bondad de sus aguas minerales, atraían millares de viajeros que el día del terrible terremoto pasaban de 3.000, de los cuales existen hoy ni siquiera 1.000, la mayor parte heridos, excediendo de 3000 el número de los muertos, en otros pueblos, entre forasteros y naturales.

Cuando desembarcamos, un espectáculo horrible se presentó á nuestros ojos: en el puerto centenares de hombres, la mayor parte soldados, conducían á un vasto almacén sacos de cal, y de trecho en trecho se veían algunos desventurados con la cabeza vendada sentados sobre un montón de escombros. De pronto se alzó un rumor y vimos aparecer por la empinada cuesta, de la que fuera un día calle principal, un grupo de hombres conduciendo sobre improvisado lecho á un anciano de más de setenta años, de cabellos blancos como la nieve y de tez marmorea, que había permanecido cuatro días debajo de los escombros, y que al sacarlo de aquella tumba decía á sus salvadores con voz débil: «¡Dejadme, estoy muy bien aquí!»

Momentos despues, con los pañuelos empapados de ácido fénico, comenzamos á recorrer aquel cementerio ruinoso. ¡Qué espectáculo! Ni una casa en pie. En algunos edificios las paredes maestras que habían resistido la violencia horrible del terremoto, inclinadas, llenas de grietas, amenazando aplastarnos; las barandillas de los balcones suspendidas en el espacio por un solo hierro; restos de carruajes apareciendo bajo montones de escombros; aquí un abrigo de señora, allá una butaca, en una pared un cuadro colgado, en otra parte el exiguo resto del piso principal de una casa, una mesa de noche, en otro un lecho inclinado, y por doquiera manchas de sangre. Seguimos avanzando pálidos, conmovidos sobre aquellas ruinas, bajo las cuales hay hoy más de cuatro mil seres humanos, acaso muchos con vida, y llegamos á lo alto de la calle á una casa de dos pisos.

¡Jamás olvidaré la escena que presencié allí! En el vapor habíamos tomado conocimiento con el director del periódico romano el *Sport*, Sr. Basillone, que iba allí con la ilusoria esperanza de salvar á su cuñado. En el momento de la catástrofe, la hermana del Sr. Basillone, la hija, niña de doce años, y un hijo de siete, se disponían á salir, mientras el marido de aquella acababa una carta felicitando á otro hijo, que estaba en Nápoles, por el buen éxito que había logrado en los exámenes: ¡esta felicitación le costó la vida! desplomóse la casa, en la que habitaban más de 60 personas, y el desgraciado padre rodó envuelto en los escombros; sólo una pequeña parte de la habitación en que estaba la familia quedó en pie, aquella en donde se hallaban la madre y los dos hijos.

La hija, con un valor heroico, alzó á su madre herida, la libró de las piedras que la envolvían, y por un verdadero precipicio que habían formado los techos y las paredes derruidas, se deslizó con su madre y con su hermano: llegan al piso bajo, oyen unos lamentos, la intrépida niña se detiene, y salva de la muerte á otro niño. Entónces madre é hijos empiezan á dar vueltas al rededor de los escombros, llamando al padre que ¡ay! no responde al llamamiento.

Llegamos, pues, á aquella casa los cinco y el señor Basillone, con voz entrecortada, empezó á llamar á su cuñado; todos prestamos anhelante atención, pero inútilmente; el silencio era profundo, el olor que los cadáveres despedían insostenible; sobre las ruinas avanzó el señor Basillone, le seguimos, llegamos al piso principal, vimos, acercándonos á una ventana, un lecho inclinado, una mesa de despacho abierta y á nuestros pies un cadáver medio envuelto por las ruinas y que parecía ser, por el brazo y la pierna descubiertos, de un niño ó de una mujer.

Seguía el Sr. Basillone llamando, y al fin, perdida toda esperanza, nos alejamos de aquel lugar y seguimos subiendo por la solitaria ciudad, pues debo decir á V. que á las seis de la tarde se habían suspendido los trabajos, y por aquella parte no había ni siquiera un centinela. Llegamos por entre montes de escombros á la parte mas alta de la ciudad, á don se estaba situado el magnífico Grand Hotel des Etrangers, lleno de bañistas el sábado y de los cuales solo se salvó un diputado italiano por la mas extraña de las casualidades, y que hoy vive en el hotel en que estoy.

Se hallaban la mayor parte de los viajeros en el salón; tocaba el piano un profesor inglés y acababa de cantar una linda seonrita de la aristocracia napolitana, cuando al inglés se le ocurrió la extravagante idea de tocar una marcha fúnebre. El diputado, supersticioso como todo buen italiano, dijo: ¡Marcha fúnebre y tocada por un inglés! No la oigo. Bijó al jardín, al llegar á él sobrevino la catástrofe, y á la superstición bebió la vida.

Necesitaria muchos centenares de cuartillas para referir los episodios, conmovedores unos, terribles otros, de que tengo noticia, por lo que voy á terminar esta carta diciendo lo que pienso y lo que creo de cuanto hoy ocurre.

El sábado, á las nueve y media de la noche ocurrió el terremoto, y ayer, á las seis de la tarde, había millares de seres bajo los escombros; yo quiero creer que se hace cuanto se puede; pero no todo cuanto se debe hacer. Hay que pensar en que acaso algunos infelices viven todavía (ayer se salvaron tres), y por lo tanto urge trabajar sin tregua y sin descanso; de día, de noche, á todas horas; hay que multiplicar la gente; hay que luchar desesperadamente, aunque ya es algo tarde. Reconozco que el peligro es grande; que la catástrofe es bastante superior á la de Pompeya; pero urge el remedio, ya por salvar á los que acaso aún viven, ya por salvar á la Italia entera, pues hoy, con los horribles calores que se sienten, y con el cólera casi á nuestras puertas, Casamicciola puede ser el manantial de donde surja una epidemia terrible.

El medio propuesto por el ministro de Obras públicas, Genala, solo podía emplearse en último término: convertir aquella ciudad en un inmenso cementerio arrojando por todas partes montones de cal, sería horrible, mientras se abrigue la esperanza de salvar una vida. El problema, lo reconozco, es pavoroso, pero la solución es urgentísima, desafiando todos los riesgos, hasta los terremotos, que se repiten, sintiéndose ayer poco antes de llegar nosotros, tres sacudidas, una de ellas bastante intensa. El Rey estuvo ayer

en Casamicciola, y es seguro que se pondrá remedio á todo, pero una hora de dilación, puede costar mares de lágrimas.

A las doce de la noche regresamos á Nápoles, y no puedo ni debo hablar aquí del grandioso espectáculo que presencié; solo diré á V. que ayer hice el viaje más interesante del mundo para ver el más horrible de los cuadros.»

El Imparcial da los pormenores siguientes:

«El día 4 fueron salvados dos jóvenes de diez y siete años uno de ellos, y diez y ocho el otro. Llevaban cinco días y cuatro noches bajo las ruinas de una casa, y durante este tiempo no se habían mantenido más que con tomates y media botella de vinagre que encontraron á su alcance.

Encerrados en aquella estrecha cavidad, cabalmente en un sitio donde no había quedado intacto ninguna pared, hubieran perecido sin duda, á no ser por la abnegación del hermano de uno de ellos, que desde la mañana del día 3 andaba consagrado á buscar el cuerpo de su padre.

Ya la víspera varios soldados y operarios creyendo acabado su trabajo sobre aquel punto, horriblemente pintoresco entre todos, se había reunido en grupo para hacerse retratar. Oyeron algo que enterrados y comenzaron á pedir socorro, pero inútilmente.

Al otro día, el joven buscaba á su padre sintió ruido al pasar cerca del sitio, y corrió en busca de los soldados, quienes despues de ocho horas de fatigas, consiguieron abrirse camino hasta el entresuelo. Primero aparecieron dos brazos, luego una cabeza y los hombres; poco despues estaba en salvo una de las víctimas, la cual conservaba su color natural y el pulso en el estado ordinario.

Despues de haber descansado dos horas en la playa, volvió repuesto y aegre, provisto de una botella de vino de Marsala, de que había bebido la mitad y destinaba la otra mitad á su primo. Estaba herido en la frente y tan completamente falto de fuerzas, que le era imposible responder á las voces de los ingenieros. Por encima de su cabeza un montón de escombros amenazando hundirse y romper el cráneo de un instante á otro. Imposible retirarle sin exponerse á que quedara muerto.

Un soldado que había descendido hasta llegar cerca de él cayó desvanecido y casi asfixiado por las emanaciones de un cadáver en putrefacción. Al fin se apartaron todos los obstáculos y se descubrió el cuerpo todo del joven enterrado cerca de este cadáver. Estaba sujeto por las piernas y por esto no podía salir, y se consiguió, por último, salvar á este desgraciado que estaba medio muerto.

La prensa italiana se lamenta de que los socorros no hayan sido mas numerosos y llevados con mas rapidez, negligencia que habrá ocasionado la muerte á muchos heridos. Tambien se queja de la lentitud con que se han llevado los trabajos de desinfección.

Por decreto del rey Humberto ha quedado instituido en Nápoles un comité central, presidido por el gobernador, para recibir y distribuir los socorros destinados á las víctimas de Ischia. Este comité ha dado principio á la discusión de los asuntos encaminados á la limpieza de las calles en las poblaciones que hayan sufrido los efectos de la catástrofe.

La Reina de Inglaterra telegrafió al Rey Humberto haciéndole participe del sentimiento que le ha causado este terrible suceso.

Se espera en los círculos napolitanos que Inglaterra no se limite solamente á la expresión de sus simpatías en la forma que lo ha hecho la Reina Victoria.

MAS NOTICIAS SOBRE EL DESASTRE.

Nuestras cartas de Italia no se ocupan de otra cosa todavía que del desastre de Ischia. Verdad es que cada día un nuevo accidente viene á mencionar mas los ánimos. En los días 3 y 4 hubo nuevos terremotos y se vió arrojar humo á la cima del Espomao, lo cual parecía indicar que su volcan, extinguido hace siglos, dá nuevos síntomas de actividad. Si estos temores se realizasen, habria que abandonar la isla inmediatamente, como hizo la colonia griega cinco siglos antes de Jesucristo. La visita del Rey á Casamicciola, Forio y Lago Ameno, detuvo la medida general de arrojar cal sobre la gran superficie de ruinas que en la extensión de diez kilómetros forma la parte alta de la Isla. Un pueblo inmenso y lloroso arrojó á sus plantas para que se demorase una medida que en parte exigía la atmósfera infestada de miasmas de muerte y las desgracias de más de treinta zapadores, cazadores y bomberos, muertos, heridos ó asfixiados en las excavaciones, cada vez mas profundas para desenterrar cadáveres. Durante las horas que el Rey permaneció en la escena del desastre; recorriéndolo todo, hubo salvaciones milagrosas como la de una madre y una hija que han permanecido ciento once y ciento diez y seis horas bajo los montes de ruinas.

Humberto I, á quien el desastre sorprendió cazando en los Alpes, no ha descansado un instante en los tres días pasados en Nápoles é Italia. Como viendo lo grande del peligro, sus ministros y generales ayudantes quisieran impedirle subiese á las ruinas mas expuestas que ya habían costado varias vidas, les contestó que donde habían ido sus valientes soldados él podía y debía ir también, pues ante la desventura todos eran iguales. Palabras y sentimientos igualmente magnánimos luvio en la visita de los cinco hospitales de Nápoles, donde existen mas de ochocientos heridos, cifra sin embargo bien pequeña, ante la de cinco mil muertos de Casamicciola, Forio y Lago Ameno.

Las escenas de desolación de cuantos ricos ayer, han quedado en la miseria, ó de los que han visto sepultarse familias enteras, exceden á toda ponderación.

Y al lado de actos de heroísmo y de caridad suprema, otros de la eterna maldad humana. Así una banda de malvados dándose por agentes de la cuestura ó parientes de familias sepultadas, se arrojaron sobre los sepulcros y ruinas, robando los verdaderos tesoros en valores y joyas que en ellos se había sepultado. Y cuando son lanzados de Ischia, los mismos organizan la noche del tres de Agosto en Nápoles, pocas horas despues de partir el Rey, una alarma espantosa.

Disfrazados de marineros y guardias de seguridad pública, se derraman por casas y plazas, por Nápoles, Portici y demás pueblos asustados por la reciente erupción del Vesubio, hácia Torre del Greco y por la caída de parte del monte Epomeo en Ischia, diciendo que, segun las observaciones del astrónomo Palmieri en el Vesubio, al alba debe haber un terrible terremoto en el golfo napolitano. Todo Nápoles se condensa en la orilla del mar, y entretanto, multitud de casas ricas son presas de los bandidos, que han organizado una alarma tan justificada ante una serie de grandes catástrofes.

Sublime y conmovedora la función de exequias por tantos miles de víctimas que el cardenal Di Pietro presidió en la basilica de los Santos Apostoles de Roma. De ésta nos dicen hallarse gravemente enfermo el cardenal de Lucca; que Leon trece celebró en la capilla Paulina, con motivo de la fiesta del Perdón de Asís, y que el 9 de Agosto tendrá lugar el anunciado Consistorio.

